

Matiné

Ivanhoe Herrera de Velasco

Docente de Inglés UAA

Aquella tarde me encontraba en la oficina mientras mantenía fija la vista en la ventana que está a un lado del garrafón. Vi clarito cómo corría por la azotea del edificio contiguo hacia la cornisa y me precipitaba con dirección al pavimento. Azoté y escuché un crujido; lo último que pude reconocer fue el color carmín cubriendo el asfalto. Pero no. Luego rebobiné y concluí que aquello había sucedido demasiado rápido y sin sabor. La concurrencia ni un grito pegó. Qué ojete es la gente. A lo mejor si hubiera imaginado a una doñita, y no a puro trajeado, de perdido me hubiera echado la bendición. Pero divago. Volví a tomar vuelo, me puse los audífonos y adelanté la canción en el celular porque, aunque la urgencia era mucha, uno es quien es y a mí me da por coreografiar el dolor y escenificar mis tragedias. Puse *Free bird* desde el minuto cuatro con seis segundos, que es donde se disipa la duda y la resolución va agarrando valor. No es cierto, estoy contándolo mal. Arranca con la cámara en primera persona y el sonido del viento conjugándose con el ritmo pesado de la respiración de quien ha batallado en subir las escaleras al no funcionar el elevador que ayer dijeron que ya quedaba, pero nomás no; puras largas. El sudor recorriendo el rostro, no sé si por miedo o por falta de forma. Empieza a entrar la música. Corte a un plano abierto con lente amplio, luego un *zoom* hacia el temblar de mis dedos que se van transformando en puño con el acelerar del *riff* de la canción. El pie izquierdo da un paso por delante del derecho y flo- to como bailarina. Debaté largamente si utilizar palomas blancas o grises para simbolizar el despegue. Elegí usar ambas. Cámara lenta y tres ángulos diferentes para el salto. Por atrás, desde arriba y de lado. Me puse a llorar de imaginar que iba volando. Hacia abajo, pero volando. De puro pensar que al día siguiente no tenía que ir a trabajar. Y corte.

Ya ni me dieron ganas de seguir echándole ganas a la chamba (no, pos cuándo), pero faltaba rato para ir a tomar el lonche. Costilla de puerco en salsa verde, frijoles y a lo que supiera el túper. Puro recalentado de la boda de Lupe. Qué bonita fiesta. Y bonita la muchacha que tenía en la mesa de enfrente. Güerita de ojo verde, chaparrita y medio abotijada. Toda alegre. Venía con una señora y nadie la sacaba a bailar. Y sí hice el intento. Bueno, no es cierto. Se fue antes de aventarme.

Clarito lo vi. La conocí bailando al sonsonete de una cumbia cuyo ritmo alegre disfrazaba una letra que hablaba de la desesperanza que produce el amor. La cual me impulsó a sacudirme la pena y dar un paso al frente, tomar la iniciativa, extender la mano y preguntar, así sin más, si me permitía aquella pieza. Y yo creo se le hizo simpático porque me dijo que sí. O porque ya la tenía harta aquella señora que, yo supuse, era su madre. Y supuse bien. Años más tarde Valentina (que así se llamaba la muchacha) me confesaría cómo aquella noche accedió a bailar conmigo por pura obra y gracia de una matriarca (de nombre Concepción) que, rauda y voraz, tuvo a mal criticar cada aspecto de sus hábitos alimenticios y la repercusión en la talla del vestido. Que sólo me dijo que sí para quitársela de encima, pero que luego la cautivó que la mirara bonito. Y bailamos dos, tres y cinco canciones; a ella le gustaban los Ángeles y a mí los Tigres del Norte. Vueltas, giros y empellones. Mis dos pies izquierdos haciéndome girar hacia su costado, trastabillándola y propiciando que por primera vez se entrelazaran nuestras manos y miradas. Su brazo sobre mi brazo, beso bajo las luces, arrumacos y apapachos.

El siguiente domingo fuimos al teatro del parque con el lago, ahí donde nadan los patos. Valentina montaba escenografías y diseñaba el vestuario de una obra que, de tener momentos regulares, pasaba a ser malita. Nomás repito lo que ella decía; yo ni sé de teatro. Sólo era feliz de estarla contemplando, tomados de la mano bajo el sol de mediodía. Recuerdo que le agarré tirria al director porque, cuando se paró a saludarnos, no le soltaba el brazo y le pasaba la mano por la espalda. Viejo verde y depravado. Pero ella no daba vuelo; lo toreaba con elegancia y lo abría con una sonrisa. Qué hermosa y derecha la Valentina. Si tan solo me hubiera animado. Pero no. Con mi suerte me hubiera dejado por otro más rico y guapo. El director. Zorro gris acaudalado. Maldito anciano. Me quedé con los recuerdos y un perro que habíamos adoptado, el Benito. Pobre Benito, cómo le llora y la extraña. Cómo le digo

que me dejó a mí y no a él. Cómo le explico que soy poca cosa. Qué bueno que no la saqué a bailar. Benito y yo solos en la casita de Fray Bernardo, la que compramos en el centro, atrás de Madero. No tan en el centro. En la parte bonita donde hay cafés y un parque para pasear a los perros. Y una cochera que rentamos para meter los carros; un Audi, un Mustang y un Camaro. Valentina se quedó con todos ellos y la otra casa, la grande. La del norte. Doscientos cincuenta millones de pesos de puro Melate que se fueron en un divorcio que me dejó exhausto. Y yo ni dije nada porque entendía que había más cosas aparte del otro; mi pasividad y mi falta de ambición para perseguir un fin más alto y noble que el de descansar. Yo decía que para eso era el Melate, para ya no trabajar; que sólo quería tiempo para contemplar la vida y perderme mirando un cielo que, por primera vez, me traía paz y que no me exigía perfección. Nomás ser y estar. Entonces le dije que ya se parecía a su madre y ya de ahí no hubo vuelta atrás.

El otro, por supuesto, sabía escuchar más y mejor. Más acaudalado no podía ser. Tengo que corregir los detalles, aunque doy por sentado que agraciado sí era. Cómo no va a estar guapetón. Jodido que estuviera más horrible que yo. Así, ¿cómo la invitaba a bailar? Ya lo único que me quedó fue resignarme a verlos desaparecer tomados de la mano con rumbo hacia el camino tupido de verde que adorna la Alameda. Al final ella se fue haciendo poco a poco transparente, desvanecida entre folders, carpetas y legajos; facturas no capturadas y una invitación a cumplir mis obligaciones fiscales.





